

PREGON A SAN GINES DE LA JARA

INTRODUCCIÓN

Ilmo. Sr. Hermano Mayor, Rvdo. Sr. Párroco, Hermanos Mayores, autoridades, señoras y señores:

Le agradezco de corazón a Trinidad Osete sus amables palabras de presentación, sin duda más fruto del cariño que de los méritos que realmente concurren en mi persona. Del mismo modo y de una manera especial quiero agradecer la presencia de todos ustedes esta noche en esta Iglesia Parroquial de San Ginés de la Jara, sede de la Cofradía que venera al santo del mismo nombre. Sé que suena y sonará a tópico dicho y redicho, pero créanme que en mi caso es verdad, que en ningún momento imaginé que algún día me encontraría pregonando la figura del patrón de Cartagena. Estas palabras, viniendo de quien lleva muchas horas de investigación a sus espaldas pero un pequeño bagaje literario, les aseguro que son sinceras. Como sincero es el agradecimiento hacia la Junta Directiva con el Hermano Mayor al frente, que puede dar fe de lo abrumado que me sentí al comunicarme la decisión de mi elección como pregonero. Además, soy plenamente consciente de que el listón está muy alto, pues han sido personas de gran valía, tanto personal como intelectual, las que me han precedido en esta labor. Es por tanto para mí un

orgullo como cartagenero lucir hoy la medalla de la Cofradía de San Ginés de la Jara, una medalla que me fue impuesta el pasado mes de Abril en un acto que siempre recordaré. Creo tan necesario como obligatorio al empezar este mi Pregón resaltar la importancia que en la Historia de Cartagena han tenido la figura de San Ginés de la Jara y su Cofradía, y en este sentido la lectura año tras año de este pregón sin duda alguna se convierte en una improvisada clase de cartagenerismo. Un cartagenerismo que recordando en parte unas palabras del que fuera cronista de la ciudad, Isidoro Valverde, debe consistir en “ser más cartageneros de lo que somos y en aprender a amar lo nuestro con la misma intensidad con que otros aman lo suyo”. Por cierto que a este cartagenerismo volveré a referirme más adelante en mi intervención pues como veremos siempre hubo, hay y habrá cartageneros dispuestos a poner en práctica las palabras del añorado Isidoro. En este pregón como no podía ser de otra manera, serán tres los protagonistas principales y absolutamente inseparables entre sí: San Ginés, el Monasterio con el Monte Miral y sus ermitas y la Cofradía. Y como no hemos de olvidar que estamos de fiesta, también habrá hueco para dar un repaso a las diferentes formas en que se ha celebrado San Ginés según las épocas, con alguna que otra curiosidad con la que intentaré hacerles más amena mi intervención.

EL SANTO

Respecto a nuestro Santo hay que decir, y no es nada nuevo, que todo lo que se sabe sobre su vida está envuelto en una gran nebulosa, nebulosa que muchos historiadores han intentado aclarar en la medida de lo posible. De entre las fuentes utilizadas por éstos constituye un clásico la obra “Vida de San Ginés de la Jara” del R.P. Fr. Melchor de Huélamo. De acuerdo con estas fuentes debió nacer a mediados del siglo VIII, en el seno de una noble familia francesa emparentada con la Real Carlovingia, y según cuenta la leyenda era sobrino del emperador Carlomagno. De las lejanas tierras francesas llegó a nuestras costas el santo arribando por las entonces vírgenes playas de Cabo de Palos. Al parecer San Ginés tenía gran interés en peregrinar haciendo el Camino de Santiago, y para lograr tal fin sus padres fletaron un barco. Una vez aquí en España emprendió viaje a Italia y fue en ese viaje cuando se desató una imponente tormenta frente a las costas cartageneras. Creyéndose él el culpable de la borrasca decidió saltar de la nave pero extrañamente flotó sobre el agua llegando a tierra sin problemas. Nótese el paralelismo entre nuestro santo y la patrona de la ciudad la Virgen de la Caridad, la cual pudimos conservar gracias también a una tormenta que hizo que se quedara con nosotros para siempre al buscar cobijo en el puerto de Cartagena.

Pero no habría santo si no hubiera realizado milagros y llevado una vida ejemplar, y de ellos sabemos de nuevo por los investigadores, esos auténticos buceadores del papel antiguo y los legajos históricos. Por ellos sabemos que en el año de N. Redentor Jesucristo de mil y quarenta, tenía un caballero moro natural de Almería un hijo ciego, cosa que lastimaba mucho así al padre como a toda su casa y familia. Entre los esclavos que tenía, había un cautivo Cristiano el cual como vio la tristeza de su amo causada por la incurable enfermedad de su hijo, dijo de esta manera: “Señor, si tú quisieses hacer lo que yo te diría, cobraría tu hijo la vista tan deseada”. El Moro viendo el grande afecto y confianza con que el cristiano le hablaba, concibió esperanza de remedio para la vista de su hijo. Y preguntando el Moro el cómo dijo el cautivo cristiano: Señor en mi tierra hay un bienaventurado Santo, llamado San Ginés, que son grandes las maravillas y milagros que obra sobre todo linage de enfermedad. Si tú, Señor llevases allá a tu hijo, cobraría la vista sin duda alguna. A quien respondió el Moro: pues si el Santo que tu dices sanara a mi hijo, yo le prometo desde ahora ofrecerle el caballo blanco, que es el mejor que tengo en mi caballeriza. Tomaron su camino y una legua antes de llegar a San Ginés, fue nuestro señor servido dar vista al que iba a sin ella. Continúa el historiador refiriendo lo que se siguió al milagro; cómo convino el Moro con los Religiosos, por no convenirles a estos el caballo, darles una copiosa limosna a cambio del caballo prometido; cómo volvió a cegar el mancebo

al volverse a Almería, en el mismo sitio donde antes curara, y cómo volvió a curar de nuevo, entregando definitivamente el caballo.

La cita de este milagro en primer lugar no ha sido casual, pues es la excusa perfecta para mencionar la gran devoción que ya en la época islámica y por el pueblo árabe hubo hacia la figura de San Ginés. Una devoción que no se agotaría al llegar la Reconquista si no que continuaría gracias a la población mozárabe.

Siguiendo con los milagros en el año 1578 libró de su seguro cautiverio de berberiscos a otros 16 pescadores de Cartagena enviándoles a ruego suyo un viento favorable que alejó sus naves del peligro. Y lo mismo volvió a realizar en 1661 en favor de unos humildes pescadores cuyos nombres cito; Francisco Jorquera, Pedro Jorquera y Alfonso García. Apresados por piratas moros, lograron con su auxilio fugarse y arribar sanos y salvos a su santa casa (convento de San Ginés de la Jara), después de haber luchado en espacio de cuatro leguas, desesperadamente con las olas y sostenidos solo por la fe en San Ginés y por su poderoso favor. Estos milagros con los que faenan en la mar hicieron que Fray Melchor de Huélamo denominara a San Ginés de la Jara, Almirante del mar, de ahí que los barcos al cruzar por delante de Cabo de Palos le saludaran con salvas de artillería.

También sabemos que obró un sorprendente milagro con la resurrección de un ilustre mancebo de Murcia. Después de estar depositado tres días encima del altar su sepulcro, como si despertara de un profundo sueño se incorporó y dijo “Bendito sea nuestro Señor Dios y mi señor San Ginés que me ha guardado hasta ahora”. Añádese que en cumplimiento de su promesa previa, permanecieron año y medio el hijo y el padre sirviendo en el monasterio.

Pero sí estoy aquí con ustedes y estamos reunidos recordando la figura de San Ginés de la Jara, es porque fueron tantas las bondades que obró hacia Cartagena que según acuerdo tomado por la Corporación Municipal el 27 de Abril de 1677, aprobado más tarde por el excelentísimo señor Obispo de la Diócesis, el Ayuntamiento de Cartagena reconoció a San Ginés de la Jara como patrono de la Ciudad y del Campo de Cartagena. Hasta tal punto fue grande la identificación del santo con la ciudad que en algunos santorales se le nombraba como Ginés de Cartagena.

Pero no se quedó la devoción a San Ginés únicamente en Cartagena, también se extendió a la ciudad de Murcia, a provincias limítrofes y otras localidades no tan cercanas. En Murcia se colocó en su día una hornacina con su imagen en la llamada puerta del Azogue, y actualmente podemos ver a nuestro santo en el inmafronte de la Catedral de la Diócesis de Cartagena.

Entre las provincias limítrofes cabe destacar el ejemplo del pueblo almeriense de Purchena, donde el Cabildo Municipal en fecha de 13 de Septiembre de 1676 informaba al R.P. Guardián del convento de San Ginés de la Jara que habiendo cesado una gran epidemia por intervención del santo había hecho voto el Ayuntamiento de reconocer al santo por patrono de la ciudad. Dicho voto fue aprobado por el Ilmo. Sr. Obispo de Almería D. Antonio de Ibarra quien declaró festivo el día de su onomástica. Y entre las poblaciones más lejanas citaré a Jerez donde los vitivinicultores jerezanos escogieron a Ginés el Franco por patrono de su gremio en el siglo XVI. Por ese motivo en los años 50 era tradicional la bendición de la uva y el mosto en las fiestas vendimiadoras septembrinas, y los trabajadores de la viña le pedían así: “Santo de la Jara, por vuestro vendimiar en la tierra, concédenos la bienaventuranza en el albear del cielo”. Pero si en algo se debían parecer la devoción cartagenera y la jerezana de finales de los 60, desgraciadamente fue en la dejadez y olvido hacia la figura del santo. De ahí que se pudiera leer en la prensa, concretamente en el diario ABC sobre Jerez lo siguiente: “Cuando sobreviene anualmente la fiesta de la Vendimia no queda en Jerez demasiado ambiente para el Santo. Una misa de compromiso le arrastra a los Remedios, apenas una docena de devotos espontáneos”. Otra de las localidades que no podía olvidar es Sabiote, en la provincia de Jaén, y que también tiene por patrono a San Ginés de la Jara.

El destino final de los restos de San Ginés siempre se ha ignorado, según versiones difícilmente contrastables habría sido enterrado en el monasterio, aunque también hay quien los sitúa en el espléndido jardín que lo rodea. Sobre este punto hay una leyenda que cuenta que un sobrino suyo llamado Ginés habría venido a por sus restos. Una vez en Francia se habría dado cuenta de que la caja con los mismos estaba vacía porque el cuerpo de San Ginés había vuelto a las cercanías de la ermita donde había vivido.

Un resumen de lo que fue la vida del Santo lo realizó el poeta cartagenero Orencio Bernal Blázquez en este poema del año 1943: Como curiosidad contaré que el Sr. Bernal poseía su negocio de loza en la plaza de San Ginés esquina a la plaza de San Francisco y llegó a ser vocal de la Junta Directiva de la Cofradía.

Figura preeminente de la Corte de Francia.

En la que tuvo brillo, por su sabiduría,

Las cosas más humildes, amó con alegría,

Siendo de regia stirpe, por su nobleza rancia.

En sencillo convento, ingresó religioso,

Destacando su fe, como abad de Corbella,

Fue expulsado de Francia, pero quiso su estrella,

Que viniese a mi España, el país más hermoso.
Vivió modestamente, en una humilde cueva,
Cerca de Cabo Palos, donde su vida nueva,
Halló muchos amigos, llenos de misticismo.
Y, desde entonces, dicen, que Ginés de la Jara,
Dio nombre al pueblecito, que el buen santo habitara,
Dejándonos la estela de su romanticismo.

EL MONASTERIO Y ERMITAS

He preferido hablar del Monasterio en esta parte del pregón y no al final, pues por evidentes razones que entenderán, no quiero dejar mal sabor de boca a los que han concurrido hoy aquí a este acto. Tiene algo el monasterio que cautiva y atrae, no solamente a los de aquí si no a los que vienen de fuera o por cualquier motivo llegan a contemplarlo. Y aquí me van a permitir que les cuente la historia personal de alguien a quien conocí hace más de diez años. Se trata de un señor que estaba y está totalmente enamorado del edificio y que quería conocer la historia del mismo. Cada vez que venía en el mes de Enero se acercaba a verlo y su gran obsesión era poder ver el interior, cómo sería por dentro, qué detalles con encanto escondería. Año tras año eran fallidos los intentos de este buen hombre por conseguir su objetivo y así me lo comunicaba no sin tristeza. Quiso la casualidad que precisamente hace un año por encontrarme de vacaciones no pudiera ver a este visitante

anual. Pocos días después de incorporarme a mi trabajo recibí una llamada, al otro lado del teléfono reconocí la voz emocionada de quien había conseguido algo grande. Había conseguido fotografiar el interior y me narraba admirado lo bonito que le habían parecido la nave central y el patio anexo en lo que en su día fue el claustro. Si les he narrado esta historia ha sido porque el hombre a quien tanto enganchó el monasterio vive en California, es el presidente de una gran compañía americana y todos los años reúne a sus directivos de los cinco continentes a cinco minutos en coche del monasterio, como verán la atracción por San Ginés no tiene fronteras....

Centrándonos en el monasterio creo interesante mencionar lo que de él decía el ilustre visitante Vargas Ponce: *Pobre Convento de Recoletos Observantes Franciscos: en todos 30: en el extremo Oeste del Mar Menor: todo pobre y ruinoso. Iglesia de un cañón y sin orden alguno de arquitectura. En el lado de la epístola hay un oratorio antiguo portátil. Será del tiempo de Carlos 5º(sic), y donde está el Crucifijo, que será de un tercio, que dice, habló a D. Juan de Austria, de quien fue donación, como los mas que hay de precio en este convento. En este altar hay dos imágenes, una de piedra de la Virgen, cuyo ropage tiene mérito..... Nada hay más digno de mirarse en la iglesia, sino las muchas reliquias, que son dones de D. Juan de Austria. Entre ellas una custodia de plata sobredorada y piedras preciosas, donde hay buenas*

esmeraldas y en el biril 50 y tantas perlas iguales y mayores que garbanzos del sahuco: otras alaxas ricas tienen guardadas, que no vimos porque no sirven para el culto. Hay una capilla subterránea con malísimos frescos, donde dicen está enterrado San Gines, y en la tumba o altar de en medio, que está tomado con yeso, sin rebocar siquiera, hay un agujero, por donde dicen sacó una mano, para dar no sé que carta. No vimos por estar el guardia fuera las pinturas de la cámara. Las demás de los 15 oratorios del Huerto de que habla Cascales, ya no existen ni las capillas tampoco, ni la frondosidad tan ponderada. Hay dos fuentes: una que llaman la de oro y hay quien dice es termal, y la otra bien caudalosa, que riegan el huerto que pudiera ser mucho mayor.

Gracias al testimonio de Vargas Ponce sabemos de la visita que D. Juan de Austria hizo al monasterio lo cual nos da una idea de la importancia que tenía este centro de culto para la ciudad. Importancia que se la dieron sucesivamente las órdenes agustinas y franciscanas que hicieron de él su sede desarrollando sus actividades y las familias como las del Marqués de los Vélez, Starico, Burguete que lo eligieron como su residencia. Del paso de unas y de otras tan solo nos queda visible en la fachada principal el escudo de la Orden Franciscana y el del Marquesado de los Vélez.

Sería interminable la descripción del interior del monasterio, descripción que hizo minuciosamente el licenciado Cascales en su obra “Discursos de la ciudad de Cartagena”, pero como marrajo que soy no puedo dejar de mencionar el dibujo del Jesús Nazareno que se puede contemplar en la pared de la parte superior del coro, razón de peso para pensar en una hipotética vinculación de los cofrades morados con el eremitorio.

La historia del convento podía haber dado un giro total si hubieran fructificado las gestiones para instalar una fábrica de loza en 1842. Lamentablemente unos incidentes ocurridos en el expediente de doble subasta para la venta del edificio lo impidieron. De los datos curiosos que he podido encontrar sobre el monasterio está el de ser uno de los lugares elegidos para hacer el pago a aquellas personas que en 1875 hubieran colaborado a la extinción de la langosta en forma de canuto.

Pero no se puede hablar del Monasterio sin hacerlo de la Ermita de los Ángeles del Monte Miral, el santo lugar en el que San Ginés estuvo orando, y que junto al resto de las ermitas hizo que este monte recibiera en algún momento la denominación de Cabezo de los Ermitaños. Dicha ermita según la leyenda fue construida por los ángeles para ser el lugar de oración de nuestro patrón, y tanto oró de rodillas que llegó a crear dos huecos en la piedra donde lo hacía. Tan grande era la ligazón del monasterio

con el monte que el año 1596 la Ciudad cedió al convento el citado monte, el que por mandato del Sumo Pontífice, promovido por el Reverendísimo Padre Ministro General de la Orden, devolvió a la Ciudad la donación hecha pues lo prohibían los estatutos de la regla. Por esta causa, el Ayuntamiento, en cabildo celebrado en 15 de mayo de 1725, retuvo la propiedad y dejó a favor de los frailes el uso y aprovechamiento del monte sin ninguna obligación.

Como buen cartagenero me tengo por defensor de su patrimonio histórico en todas sus variedades, arqueológico, arquitectónico, o etnográfico y por ello no puedo comprender la apatía, incomprensión y pasividad de las administraciones públicas en los últimos treinta años ante la pérdida de una de nuestras señas de identidad cartageneras. Me consuela pensar que siempre hubo alguien preocupado de la conservación del legado de nuestros antecesores, legado que debemos de intentar transmitir en las mejores condiciones posibles a nuestros descendientes. Entre los cartageneros que fueron conscientes de la belleza y encanto del monasterio y la necesidad de su conservación citaré al famoso poeta y literato Antonio Oliver Belmás. Éste en 1930 publicó un artículo en la página de Turismo del diario Madrileño el Sol, y en él proponía a la Real Academia de Bellas Artes la conservación de tan preciada reliquia del pasado, que por aquel entonces ya estaba abandonado. Que había conciencia de que debía ser

conservado se refleja en el comentario de la prensa cartagenera pues además de considerar acertada la idea, decía que si fracasaban las gestiones del señor Oliver proponían dirigirse al Gobierno para que lo declarara Monumento Nacional y se encargara de su restauración. Desgraciadamente nada de ello sucedió y su degradación y expolio continuó y continúa irremisiblemente sin que nada ni nadie lo impida.

A pesar de lo expuesto en 1973 aún se podía encontrar una referencia al monasterio como un lugar obligado a visitar para el turista que viniera a Cartagena. Volviendo al presente lo último que se ha realizado ha sido la inclusión de las únicas tres ermitas que se mantienen, en la Lista Roja de Patrimonio en peligro que realiza la Asociación Hispania Nostra cuya finalidad es la defensa, salvaguarda y puesta en valor del patrimonio cultural español.

Cartagena si algo se puede concluir es que ha sido una ciudad que a lo largo de su historia ha sufrido continuos altibajos, sucediéndose a etapas de grandes logros y desarrollo, otras de decadencia y crisis. Quisiera pensar que al Monasterio le va a suceder igual que a la ciudad y llegará a resurgir cual Ave Fénix de sus ruinas.

LA COFRADIA

Hace 94 años que la Cofradía resurgió en la vida religiosa de nuestra ciudad, refundándose gracias a la figura de un ilustre cartagenero al que creo obligado rendir merecido tributo en este acto. Si a mí me gusta alabar las grandezas de mi tierra natal, también creo obligado mencionar los defectos que como todos tenemos, ella también tiene. Y ese no es otro que el olvido de figuras importantes, de cartageneros que lo dieron todo en la época en que vivieron, y que por diferentes circunstancias han sido preteridos y hoy día son ignorados por los cartageneros del presente. Me estoy refiriendo a D. Luis Angosto Lapízburu, una persona que a su riqueza material y personal añadió otra riqueza si cabe más importante, la riqueza en valores como la caridad, el amor al prójimo y la beneficencia. De su riqueza material contaré como anécdota que poseía una mina de nombre “San Ginés de la Jara” en las inmediaciones del monasterio. La muerte de D. Luis Angosto fue muy sentida en nuestra ciudad, y por interesante no me resisto a leer este panegírico que sobre él publicó la prensa de Cartagena. Antes dije que iba a volver a nombrar el cartagenerismo y aquí en esta alabanza de nuevo lo tenemos presente:

“El cartagenerismo está de luto: D. Luis Angosto ha muerto; Cartagena se ve privada de uno de sus más insignes y esforzados

defensores; la ciudad ha perdido uno de sus mejores hijos, los pobres un padre irremplazable. Caballeroso y cultísimo, caritativo y magnánimo, emprendedor y desinteresado, trabajador infatigable y cristiano fervoroso, fue intachable en todos los actos de su vida, que por ello puede citarse de la más alta ejemplaridad. Toda obra benéfica tuvo en él un cooperador, toda causa justa un paladín, toda iniciativa favorable a Cartagena un decidido campeón. Presidente de numerosas asociaciones civiles y religiosas, poseedor de diversas condecoraciones, etc. Por encima de todo resalta la figura patriarcal del ilustre patricio como la personificación del amor a Cartagena, del amor a los desvalidos y de la idolatría por los pequeñuelos desamparados”.

Si antes dije que nuestro Santo peregrinó a Santiago de Compostela, es evidente que el Sr. Angosto no se contentó únicamente con recuperar el culto a San Ginés. También quiso hacer lo posible por reivindicar la importancia de Cartagena, y más concretamente del castizo barrio de Santa Lucía, como punto por el que llegó el Evangelio a España. Para ello una de las ideas que tuvo fue la realización en 1918 de una procesión marítima de barcos engalanados acompañando a Santiago, recorriendo toda la bahía y que llegó a convertirse con los años en uno de los actos más lucidos. El Ayuntamiento en reconocimiento a su gran labor caritativa decidió rotular la calle del Duque con su nombre, una

denominación que al igual que ha sucedido con otras vías, por costumbre arraigada no se mantuvo.

Cumplida mi deuda hacia el señor Angosto nos toca volver a hablar de cómo se refundó la cofradía. El citado señor Angosto y un grupo de caballeros católicos se reunieron el 4 de Noviembre de 1916 en la sala de Juntas de la Catedral Antigua para ver la forma de recuperar el culto a San Ginés de la Jara. De aquella reunión salió constituida la Cofradía, la cual vio como el día 5 de Enero de 1917 el obispo de Cartagena Fray Vicente Alonso Salgado aprobaba sus constituciones. Así mismo el 13 de Octubre de ese año recibió aprobación la Novena en honor del Santo, una aprobación por la que se concedían 50 días de indulgencia a los cofrades de San Ginés y demás fieles por cada Padrenuestro que recen ante la imagen del Santo, así como por cada acto religioso a que asistan celebrado en su honor.

Y qué mejor lugar podría haber elegido la Cofradía como sede canónica, que la conocida como Catedral Antigua para los cartageneros, antigua iglesia de la Asunción. En esta elección es de suponer que tuvo mucho que ver además del hecho de estar allí la antigua patrona de Cartagena Santa María del Rosell, ubicarse allí la Capilla de los Cuatro Santos y la del Cristo del Socorro, Cofradía de la que fue teniente Hermano Mayor D. Luis Angosto. Ya tenían constituciones y sede, ahora faltaba contar con una

imagen a la que rendir culto. Y así D. Luis Angosto le encargó al afamado escultor murciano Antonio Sánchez Aracil la construcción de una talla que representara al santo. Dicha imagen fue bendecida el 22 de Agosto de 1917 por el R. P. Superior de los Misioneros en un acto al que asistieron además del citado señor Angosto, el secretario de la cofradía señor Moncada y el tesorero D. Lorenzo Cotorruelo. Para hacernos una idea de cómo era la figura hemos de recurrir a lo que la prensa decía y era lo siguiente: “La imagen es verdaderamente hermosa, de regulares proporciones y porte elegante y severo al par. El santo aparece de pie en actitud de orar y pisando un almohadón con flores de lis y una corona ducal, atributo de su noble estirpe, pues como ya hemos dicho, era de la familia real de Francia y tenía el título de Duque de Bretaña”.

Pero habría que esperar unos días para considerar inaugurada la Cofradía como tal, y eso llegó con la festividad de San Ginés de la Jara y la celebración de una solemne misa cantada en el altar mayor de la referida Catedral Antigua, a las diez de la mañana a la que asistió invitado el excelentísimo Ayuntamiento por ser San Ginés patrón de Cartagena, según el acuerdo que antes mencioné de 27 de Abril de 1677. Ese mismo año también se aprobó una moción en el Ayuntamiento que seguro tendría su origen último en la Cofradía. En dicha moción se pedía que el lugar de San Ginés, de la diputación del Beal, la del Rincón de San Ginés y

Plaza de San Ginés de esta ciudad, se denominaran en lo sucesivo de San Ginés de la Jara.

El 26 de Junio de 1918 se procedió al acto de colocación en la plaza de San Ginés de la nueva lápida con el glorioso nombre de este Santo. Y así lo reseñaba la prensa señalando que la lápida había sido *“costeada por la Cofradía de San Ginés de la Jara, constituida canónicamente en la Catedral Antigua, de la que es Hermano Mayor nuestro respetable amigo el ferviente católico Excmo. Sr. D. Luís Angosto Lapizburú, que debido a sus activas gestiones ha logrado restaurar el culto de tan milagroso santo”*.

Y así llegamos al año 1940 en el que se reorganizó la Cofradía y estuvo desarrollando su actividad sobre todo de la mano de dos grandes cartageneros que lo fueron José y Joaquín Moncada Moreno. Los miembros de la hermandad contribuían anualmente mediante una limosna voluntaria con la que sufragaban los gastos de la Fiesta y el culto permanente. Fueron años de esplendor y mucha actividad como veremos en la última parte de mi discurso pero lamentablemente con el paso del tiempo la Cofradía desapareció.

Pero hete aquí que es sabido que la historia muchas veces se repite, en algunos casos para bien y la semilla que plantó D. Luis Angosto aunque fenecida iba a volver a rebrotar nuevamente. Por

eso hace cuatro años un grupo de cristianos comprometidos con la ciudad, herederos de la devoción que antaño hubo hacia nuestro santo, decidieron dar un paso adelante y refundar de nuevo la Cofradía de San Ginés de la Jara. No tengo más que palabras de felicitación hacia el párroco José Manuel Martínez, el Hermano Mayor José Alfonso Martínez y los miembros de esta Cofradía que han sabido, en poco tiempo, recuperar un sentimiento que permanecía oculto en los corazones de muchos cartageneros. Estoy seguro de que la labor realizada por la Cofradía dará sus frutos y aprovecho este momento para ponerme a disposición de la misma para todo aquello en que pueda colaborar como un hermano más de ella.

Pero tal y como dije al principio estamos de fiesta y por eso en este pregón no podía ni quería prescindir de un pequeño repaso a las formas en que se ha celebrado la festividad de San Ginés.

Así, sabemos que en 1832 los vecinos de la plazuela de San Ginés y la del Campo de San Ginés, celebraron la víspera de la festividad del santo eremita disparando infinidad de cohetes que producían palmeras de luces de colores y daban fuertes estallidos. Los frailes agustinos presenciaron el soberbio espectáculo desde la torre del convento y el día 25 se quemó en dicha plazuela un vistoso castillo de pólvora pagado por los vecinos de ella.

Pero de todas las formas de celebración ocupa la Romería un lugar especial, sus orígenes se remontan a los inicios de actividad del monasterio y según nos cuenta el que fuera cronista de la ciudad Federico Casal en su obra “Folklore Cartagenero” a ella concurrían romeros de Cartagena, Cabo de Palos, Los Nietos, La Unión, Los Alcázares, El Beal, Algar y demás pueblecillos cercanos. Repercusión nacional tuvo la Romería del año 1944 pues el diario ABC la reseñó en su edición madrileña junto con una interesante fotografía. Cuando la Cofradía se refundó lo primero que hizo fue restablecer su celebración, celebración que desapareció cuando lo hizo la entidad y que en los años ochenta se volvió a recuperar gracias a la Hermandad de Romeros. La Romería simboliza perfectamente las antiguas peregrinaciones que los devotos del Santo hacían para ver su sepulcro y ganar las correspondientes indulgencias.

Otro de los actos tradicionales lo constituyó el desayuno a los niños pobres de las calles Faquinet y Concepción que era servido en la plaza de San Ginés y así sabemos que en 1950 el número de estos que fueron agraciados era de 250. Si la Cofradía Marraja recuperó en su momento las Cruces de Mayo y ahora son una de las fiestas más consagradas en la ciudad, la Cofradía de San Ginés de la Jara podría recuperar costumbres como el desayuno a los más desfavorecidos, que bien se podría personalizar en los niños de la Casa Cuna.

En 1945 la Cofradía tuvo la original idea de sortear un cerdo entre los favorecedores de la restauración de la Ermita de los Ángeles. El gorrino, de nombre Colipón, fue un donativo de uno de los devotos del Santo. Tampoco faltaba espacio para la diversión y esta llegaba en forma de cucañas en la balsa del jardín, ascensión de globos o carreras de sacos y cintas.

Y no hay fiesta que se precie sin música y así en los años cuarenta dio un concierto en la Plaza de San Ginés de la Jara la notable banda de música de Infantería de Marina, generosamente cedida por la superior autoridad del Departamento Marítimo. Los músicos fueron espléndidamente obsequiados con refrescos y cigarros por Don Francisco Inglés dueño del "Bar Sol" y por los señores Viñas y Navarro. Igualmente la banda de tambores y cornetas de la Cruz Roja ponía su granito sonoro de arena en la tempranera diana que se realizaba por los alrededores de la mencionada plaza.

Originales fueron las denominadas “Justas Literarias de San Ginés de la Jara”, celebradas por la Asociación de Amigos de los Molinos del Campo de Cartagena con su presidente D. Ángel J. García Bravo al frente, que organizó concursos de prosa, romance y poesía centrados en temática cartagenera. Estas Justas, que se celebraron varios años, contaron con un jurado de lujo en el año

1971 con ilustres personajes como Alberto Colao, Asensio Sáez y María Cegarra. Además se celebró una cena en plena plaza de San Ginés que estuvo amenizada por el ganador del Festival del Cante de las Minas de ese año el cantador Juan Jiménez Martínez “El Macareno” que interpretó la minera con la que ganó.

Como verán fueron muy diversas las formas elegidas por nuestros antepasados para celebrar y honrar la memoria del santo cartagenero.

Serían muchos más los hechos a relatar pero no quiero abusar de su paciencia y debo poner fin a este viaje por la Historia del Santo, el monasterio y la Cofradía.

Para terminar quería agradecerles su atención a mi pregón y solo pedirles un favor, y es que haciendo gala de ese cartagenerismo siempre presente en mi discurso se unan a mí para gritar dos vivas: ¡Viva San Ginés de la Jara!, ¡Viva Cartagena!.